

EDITORIALES

La derecha de la derecha

Rajoy debe evitar cualquier escoramiento si quiere vencer en las próximas elecciones

España es uno de los pocos países europeos en que la formación principal de centro-derecha no ha tenido que competir con un partido de extrema derecha que le disputa el espacio político de estribor. Aznar alardeó de ello, de agrupar a toda la derecha durante su segunda legislatura, y encomendó a su sucesor que cuidara de mantener unida a la clientela conservadora. Y, sin embargo, hay hoy movimientos secesionistas a la derecha de la derecha; de momento, ya se ha desgajado una formación nueva, VOX, encabezada por el político vasco Santiago Abascal y por el antiguo funcionario de prisiones, secuestrado por ETA, José Antonio Ortega Lara. Los argumentos de la ruptura se resumen en uno solo. El centrismo de Rajoy, un personaje moderado en las formas y en el fondo, que habría descuidado la sensibilidad del ala más conservadora y que, a su vez, habría reaccionado con irritación ante algunas decisiones del PP: las subidas de impuestos para equilibrar el déficit, el incumplimiento del programa electoral o el acatamiento de la sentencia de Estrasburgo sobre la doctrina Parot. Para contrarrestar la mencionada percepción de los sectores extremos, Rajoy ha realizado ostensiblemente algunos gestos: la reforma educativa, en consenso con el sector duro de la Iglesia; las propuestas de ley de seguridad ciudadana y de seguridad privada, la reforma de la ley del aborto... No debería ignorar el presidente Rajoy que, en cierta medida, el malestar de los sectores que lindan con la extrema derecha proviene de críticas formuladas por sus rivales internos de su propio partido, que estimulan tal disidencia. Y tampoco debería desconocer que la mayor parte del abundante apoyo que recogió en noviembre de 2011 provino de sectores centristas, que le dieron su respaldo para que lo administrara con moderación. Sería pues absurdo avanzar hacia un escoramiento que implidiese las protestas de los más derechistas, a la vez que ahuyentase a las capas moderadas que el PP se disputa con el PSOE, pescador también en esas aguas. En realidad, en esta etapa democrática siempre ha ganado las elecciones quien ha sabido conquistar el centro y nunca quien se ha manifestado con radicalidad, lejos de la equidistancia.

La política ucraniana

La oposición ucraniana le ha tomado gusto a desafiar al Gobierno en la calle y el Ejecutivo no deja de hacer gestos para justificarla: ayer, justo dos meses después del comienzo de la crisis, más de cien mil personas tomaron de nuevo la céntrica plaza de la Independencia, en Kiev, para protestar contra la legislación aprobada por el parlamento contra las manifestaciones. La ley no es muy severa pero es peor que inútil: es superflua y, de momento, propicia la vuelta en cantidad de los manifestantes que parecían un tanto agotados. El Gobierno firmó hace un mes el plan de Vladimir Putin para librar al país de la bancarrota con un crédito de 15.000 millones de dólares contra el que la propuesta del FMI no podía competir y aplazó así toda aproximación a la UE exigida por la oposición. El presidente Yakunovich tiene el tiempo contado hasta las elecciones del año próximo, pero, hoy por hoy está decidido a mantener su arriesgada opción pro-rusa, tan impopular en medio país. La oposición, por su parte, multiforme y con elementos ultras poco recomendables en su seno, tampoco consigue vencer. Esta especie de empate técnico ayuda a mantener el statu quo y trabaja en pro del desacreditado Gobierno de Kiev.

SUR EL PERIÓDICO DE MÁLAGA
Edita: Prensa Malagueña S.A. Director General José Luis Romero

Director Manuel Castillo Director de Publicaciones Pedro Luis Gómez

Subdirector Javier Recio Villalobos	Luis Moret (MULTIMEDIA), Ana Barreales (INTERNET), Antonio Ortín (MÁLAGA), María Eugenia Merelo (CULTURAS Y SOCIEDAD), Juan Antonio Morgado (DEPORTES), Héctor Barbotta (MARBELLA), Fran Ruano (ARTE Y DISEÑO)	Director de Control de Gestión Hugo Ferré Director de Marketing Joaquín Cestino Director Técnico Fernando de Gálvez Publicidad CMSUR S. L. Director Comercial Jorge Artero
--	---	---

LA TRIBUNA

La guerra civil educativa

JAIME AGUILERA
ESCRITOR

De una vez por todas habría que apostar por una formación profesional que quite la obsesión autárquica y trasnochada de que todos tienen que tener un título universitario



«No dudo de que venceremos a los franceses, la pregunta es si venceremos de nosotros mismos».

Bartolomé José Gallardo, el injustamente olvidado personaje histórico que coprotagoniza mi última novela, pronuncia esta acertada frase que acabo de entrecomillar en plena lucha contra el poderoso ejército napoleónico. Y el tiempo, y la Historia, le han ido dando toda la razón.

El pueblo español, unido, es el primero que vence en Europa al imbatible invasor francés. El pueblo español, unido, asombra al mundo con una "Transición" a la democracia que ha sido el mayor logro de prosperidad para nuestra piel de toro y que, hoy en día, continúa siendo modelo a seguir para muchos países que quieren vivir en democracia.

Pero ese mismo pueblo es el que, una vez conseguida la expulsión de los franceses, se desangra en luchas inútiles y fratricidas que desembocarán en una horrenda Guerra Civil un siglo después. Pero ese mismo pueblo es el que, una vez instaurada la democracia, gastará sus fuerzas en debates cainitas que lo debilitan hasta no poder más.

Y el último ejemplo, uno más, de división interna de los españoles lo tenemos con una reforma educativa que acaba de entrar en vigor después de publicarse en el Boletín Oficial del Estado, y que el principal partido de la oposición ya ha anunciado que cambiará en cuanto que vuelva al poder.

El debate desenfocado, en un pilar tan crucial como la educación, sigue centrándose en los mismos temas no resueltos desde los tiempos de Bartolomé José Gallardo: la religión y las muchas Españas.

Los esfuerzos se concentran, por poner algún ejemplo, en si hay que seguir o no con la 'educación para la ciudadanía', en la importancia de la asignatura de religión o en el papel como lengua vehicular del catalán. Y cada español, y cada antiespañol, y cada partido político, y cada confederación de padres de alumnos, y cada sindicato, defiende con vehemencia una 'política educativa' que desgraciadamente pasa a ser arma arrojada en un campo de batalla equivocado.

Porque el debate sobre la política educativa debería ser cualquier cosa menos un debate político, entendiéndolo este último como un enfrentamiento dialéctico que no busca acuerdo, sino simplemente autoafirmaciones ideológicas preestablecidas. Dicho en castizo: o estás conmigo o estás contra mí.

Ya sé que consenso se ha convertido en una palabra tan manida que hemos vaciado su contenido: pero es necesario traerla a colación una vez más. En lugar de seguir alimentando argumentos en contra o a favor de la Iglesia católica, en contra o a favor del euskera o el catalán, deberíamos encontrar todos -los partidos, los curas, los sindicatos, los ciudada-

nos, los padres...- el consenso, el mínimo común denominador inamovible en tres bloques fundamentales:

1) La importancia de la figura del maestro y de la autonomía de los centros. Una educación adecuada solo es posible si la autoridad del maestro es incuestionada -por los padres más que por los hijos- y si los centros tienen un cierto margen de actuación.

2) El refuerzo de las matemáticas y la lengua como materias troncales. Mientras el famoso informe Pisa nos dice una y otra vez que el cálculo numérico y la comprensión lectora de los alumnos españoles no son los más idóneos, nosotros seguimos cambiando leyes según el partido político, seguimos hablando en la barra de un bar y en el Congreso de los Diputados de religión y de autonomías, sin centrarnos en lo importante.

3) Es necesario marcar unos itinerarios educativos fijos en el tiempo y flexibles en las opciones. Mientras en Alemania siguen con las leyes educativas centenarias de Bismarck, nosotros en treinta años hemos cambiado varias veces.

De una vez por todas habría que apostar por una formación profesional que quite la obsesión autárquica y trasnochada de que todos tienen que tener un título universitario, que lo único que nos ha llevado es a alumnos universitarios desmotivados y con pocas expectativas de empleo. Al mismo tiempo, de una vez por todas habría que dar el espacio adecuado a las ramas humanísticas y musicales, que ahora, siguiendo modas improvisadas, han cedido ante lo único que parece que hay que saber: las ciencias no humanísticas y los idiomas. La informática y el inglés, por poner un ejemplo, me parecen

fundamentales: tan importantes que precisamente no se deben limitar a regalar un ordenador portátil o a dar una clase de educación física en idioma anglosajón. Pero eso no nos debe hacer olvidar que un futuro médico, o un futuro químico no debe menospreciar nunca una base imprescindible de filosofía, literatura o formación musical, tan de capa caída en estos tiempos cambiantes, superficiales y tecnológicos.

En definitiva, es triste confirmar que doscientos años después de que Gallardo dudara de que venceríamos de nosotros mismos, seguimos luchando en una guerra civil educativa con consecuencias funestas y con banderas estériles. Si fuimos capaces, unidos, de conseguir lo que nadie había conseguido -vencer al invasor francés e instaurar una democracia-, ¿por qué no podemos ahora hacer lo mismo? Sentémonos por fin en una mesa a pactar lo importante con vocación de permanencia. Sentémonos por fin para acabar con esta guerra civil educativa que nos mata a unos y a otros con la guadaña de la ignorancia y la estulticia.

